

Reseñas

Ricardo Pozas Horcasitas, *La democracia en blanco: el movimiento médico en México, 1964-65*, México, Siglo XXI Editores, 1993, 362 pp.

INTRODUCCIÓN

DURANTE LOS AÑOS SESENTA se inicia el gran cambio cultural que delinearé a la modernidad mexicana. Es entonces que se originan procesos que hoy vivimos plenamente, como lo son el desgaste del sistema corporativo de dominación y la demanda de una apertura y democratización de las relaciones entre el Estado y la sociedad mexicana.

La sociedad mexicana actual nace en los años sesenta. La transformación de México de un país rural en un país urbano; la ampliación de los estratos medios; los cambios en la familia por la aparición de la píldora anticonceptiva y el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo; la llamada “brecha generacional” que caracterizó a las relaciones entre adultos y jóvenes; el crecimiento de la educación y el inicio de la universidad de masas; la expansión de la economía, de los medios de comunicación masivos y de los servicios, dieron lugar a la creación de una masa crítica, al surgimiento de nuevos actores, que a partir de una nueva cultura crean formas inéditas de organización y expresión de las demandas sociales fuera de los canales tradicionales del Estado.

Se desarrollaron nuevas clasificaciones culturales y una nueva visión cultural general, que comenzó a cuestionar las formas aceptadas del conflicto político y de la dominación y que opuso valores liberales a la tradición corporativa del Estado.

Estos cambios afectaron al sistema político en su conjunto: por un lado, a un Estado surgido de la Revolución mexicana, de corte autoritario pero con una amplia legitimidad y, por otro, a los partidos y organizaciones políticas que fueron incapaces de adaptarse a las demandas y necesidades de la nueva sociedad mexicana.

La democracia en blanco de Ricardo Pozas constituye un balance de la década de los sesenta. A partir del análisis del movimiento médico de 1964-1965, que marcará el inicio de nuevos tipos de organización social, nos ofrece un lúcido recuento y una reconstrucción de variados procesos sociales que se inician entonces y que hoy se encuentran en el centro del escenario político mexicano.

En este libro, que en realidad contiene varios libros en uno, Pozas nos brinda a la vez que un análisis exhaustivo y minucioso del movimiento médico, una revisión profunda del corporativismo mexicano y un muy completo estudio del sistema político, de los partidos y de la cultura política de la época.

El autor sitúa al movimiento como uno de los precursores de un nuevo tipo de lucha social y de un nuevo tipo de movimientos sociales. Se plantea como objetivo reconstruir el movimiento médico y analizar a la vez el corporativismo sindical, uno de los elementos fundamentales en la reproducción del sistema político corporativo.

La lectura de este libro nos proporciona muchas de las claves para entender acontecimientos actuales de la vida política del país, como son el desgaste de un sistema de dominación establecido durante largo tiempo; el reclamo por la existencia de nuevas relaciones entre la sociedad y el poder político, e incluso determinadas conductas de un sector de la población que parecieran apegarse a las formas más tradicionales en su relación con el poder, en momentos en que todo apunta hacia un cambio.

Pozas parte de una hipótesis sugerente: la incapacidad del sistema político, Estado y partidos, para adaptarse a los cambios que demandaba una nueva sociedad urbana, con nuevos actores, demandas y valores, trajo como consecuencia un desfase entre las formas del gobierno y organización del poder, constituidas en una sociedad fundamentalmente agraria, frente a una sociedad de composición cada vez más urbana. Este desfase explica los límites de la legitimidad en la dominación pacífica y el recurso al uso cada vez mayor de la violencia frente a las demandas políticas de nuevos actores sociales.

Así, la modernidad mexicana tendrá como una de sus características la lucha por la libertad de organización frente al monopolio del Estado.

EL CORPORATIVISMO Y LA EMERGENCIA DE UNA SOCIEDAD URBANA

Para el autor, la fortaleza del Estado expresada en la estabilidad de los regímenes contemporáneos ha sido, en parte, producto del régimen cardenista. La respuesta a las demandas sociales, su defensa y la posibilidad de mantenerlas como conquistas laborales se convirtieron en un recurso ideológico de la adscripción de las organizaciones laborales a la estructura corporativa del Estado, por medio del partido. Así, la defensa política del Estado se sustentó en la defensa de las conquistas obtenidas por los trabajadores, hecho que dio al Estado un capital amplio de legitimidad política y propició la creación de una tradición de gobierno que permitía enfrentar los conflictos sociales.

Después de la crisis económica en la que entra el país, en 1954 se reanuda el ritmo de crecimiento de la producción bruta total de México. En 1955 se cierra un período de crecimiento con inflación y se inicia una etapa de crecimiento sin inflación: la del desarrollo estabilizador, que abarca desde entonces hasta 1970. Característica de ese modelo fue la industrialización sustitutiva o sustitución de importaciones. Como consecuencia se desarrolla un importante sector paraestatal de bienes y servicios en el terreno financiero e industrial, y se expande la industrialización a costa del campo.

A partir de 1943 se iniciaron los grandes movimientos huelguísticos, reprimidos con frecuencia por la fuerza pública. En 1958 la movilización laboral llevó a una eclosión de grandes movimientos: magisterial, de trabajadores petroleros, telegrafistas y ferrocarrileros. Frente a esta amplia movilización el Estado actuó rápidamente: la búsqueda de legitimidad cubría todos los ámbitos. La burocracia enfrentó en diversas formas la reacción de los trabajadores; una de ellas fue las de ampliar las prestaciones sociales, especialmente los servicios médicos. Se desarrolla entonces un proceso de socialización de la medicina propiciado por el Estado.

LAS TRADICIONES DE LUCHA SOCIAL

Pozas delinea y analiza las dos tradiciones de lucha social que se conjugan en la década de los sesenta: la primera, desarrollada en 1958, es la lucha ideológica que intenta reproducir el sindicalismo corporativo alrededor del mito de los años treinta: la representación exclusiva de los intereses de los trabajadores; y la segunda, que representaba un proyecto distinto, y a través de la organización de un sector liberal ilustrado de la sociedad civil, mostró el peso de los actores urbanos que se cohesionaron en torno a un proyecto modernizador, y buscaron introducir nuevos equilibrios en las relaciones entre la sociedad civil y el Estado.

Los cambios en la sociedad obligaron a los principales actores políticos del país a reconsiderar su actuación, como sucedió con las tradiciones políticas de oposición más importantes: el Partido Comunista (PC) y el Partido Acción Nacional (PAN). Esta reconsideración alcanza aún al propio Partido Revolucionario Institucional (PRI) en la época de Madrazo. Se gestan entonces movimientos pioneros en la lucha civil y dentro del Estado.

EL MOVIMIENTO MÉDICO

Apoyado en Touraine y Bordieu, Pozas desarrolla una visión social y política del movimiento médico y analiza la novedad que introdujo como una forma de lucha social frente a una tradición de dominación política. Destaca los elementos inéditos de este movimiento, aportados por la composición del actor social y la composición del grupo gobernante, además del lugar que ocupan los actores en una relación social específica: proporcionar seguridad médica al proletariado industrial.

A partir del uso sugerente del concepto de campo político, entendido como "campo de fuerzas y como campo de luchas tendientes a transformar la relación de fuerzas que confiere a ese campo su estructura en un momento dado", el autor sitúa al movimiento médico en su lucha por la articulación del campo político vigente.

De este modo toma como marco general de análisis el desarrollo del corporativismo, y señala que la relación corporativa entre los trabajadores y el Estado convierte todo proceso laboral de protesta en un conflicto abierto por la conducción de los instrumentos políticos que se entretujan con los laborales. Ello hace de la demanda laboral una lucha por la autonomía civil frente a las formas de dominación política.

Por lo anterior concluye que, en el sistema político de México, las conductas colectivas de protesta se convierten rápidamente en movimientos sociales que debaten formas de historicidad vigentes.

La medicina socializada transformó a las individualidades liberales del ejercicio profesional en un actor que se expresaría, mediante un instrumento laboral-político alternativo de representación, en las organizaciones creadas para realizar su proyecto laboral-académico, en su búsqueda por la autonomía organizativa y el derecho a la representación independiente de la organización corporativa del Estado.

EL CONFLICTO

El proceso de socialización de la medicina mexicana propiciado por el Estado, obligó a una porción importante de los médicos a modificar su esquema tradicional de ejercicio liberal de la profesión hacia la práctica institucional, aunque muchos de ellos pudieron combinar exitosamente esta última con el ejercicio privado.

En 1964, la medicina mexicana se encontraba organizada en una estructura piramidal jerárquica y fuertemente estratificada que, normada por una doble relación laboral/docente y reproductora de la institución hospitalaria, mantenía a los médicos —residentes e internos— sin derechos laborales durante su período de especialización.

El movimiento se inicia el 26 de noviembre de 1964 en el Hospital 20 de Noviembre, uno de los más modernos de entonces, al ser informados los médicos de que no recibirían aguinaldo. Los estudiantes y médicos titulados trataron de entrevistarse con las autoridades y no fueron recibidos. Los residentes e internos deciden suspender sus actividades, y horas después se les notificó su cese.

En apoyo a sus demandas se unieron paulatinamente los médicos de los hospitales de la ciudad de México y del país, llevando a cabo paros y suspensiones de labores.

Los médicos formaron una organización alternativa: la Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos, Asociación Civil (AMMRIAC), independiente de las organizaciones sindicales, que presentó un pliego petitorio de cinco puntos¹ cuya

¹ Las cinco demandas eran: 1) restitución en sus puestos a los médicos cesados; 2) revisión y cambio de los contratos beca, en el sentido de lograr trabajos anuales, con escalafón y aumento de sueldos; 3) preferencia para ocupar plaza de médico a los egresados de las propias instituciones;

resolución fue la demanda fundamental y condición para levantar el paro. Debido a la proximidad de cambio de poderes, se entregó el pliego al nuevo presidente Gustavo Díaz Ordaz.

Para el 3 de diciembre, 23 hospitales de la ciudad de México y 20 del interior del país estaban en paro. Las becas fueron suspendidas. La transición de un gobierno a otro, provoca un vacío que permite la agudización del movimiento.

Se dirige una carta abierta el presidente de la República en la que se emplean principios y razones morales para explicar situaciones políticas. No se cuestiona el *statu quo*, y en cambio se plantea una petición de ascenso social, como reconocimiento del nivel universitario.

Pozas acota con razón que entre el actor que inicia el proceso y el que lo termina, existe una transformación radical.

Un movimiento social es en realidad una relación doble: entre actores (actor-adversario) y otra entre sus elementos, esto es, la influencia del proceso en el actor mismo. Es decir, un movimiento social es también un movimiento en el actor.

Su bien documentado análisis nos revela las diversas fases por las que atraviesa el movimiento, en el que se presentan, al inicio, demandas aparentemente despolitizadas, que paulatinamente irán tomado un matiz político, hasta llegar a cuestionar las formas de dominación del régimen.

Poseedores de valores morales de carácter civil, los médicos participantes en este movimiento representaron una de las primeras manifestaciones modernas de los movimientos cívicos frente a la legitimidad revolucionaria del corporativismo estatal.

Los médicos no intentaron, como en los movimientos del 58, redemocratizar el sindicalismo oficial viciado, sino que constituyeron una organización fuera de él. Ello rompe con la vieja identidad establecida de lucha gremial, de defensa de los derechos laborales y de fortalecimiento del Estado. Dicha identidad aparecía en el discurso ideológico como la fuerza del Estado de origen revolucionario. Los médicos no tenían esa historia, no eran herederos de un movimiento sindical desvirtuado. Su pasado era el de los colegios y asociaciones de profesionales.

Pozas analiza nítidamente los recovecos de la cultura política de esa época, y efectúa planteamientos que hoy son más vigentes que nunca:

La posibilidad de cambio frente a la cultura política consiste en no aceptarla en calidad de orden superior establecido, como sucede con la cultura providencialista del mundo agrario, sino como un conjunto de reglas vigentes en la mediación política, un orden valorativo fáctico y racionalista, propio de la cultura urbana moderna.

Y señala que estos cambios se ponen en marcha cuando un actor social desconoce la legitimidad de las reglas en su relación con el Estado.

En opinión de Pozas, el movimiento pone de relieve mudanzas sustantivas en la sociedad mexicana, posibles de observar, por ejemplo, en la composición social de la universidad que se transforma de una universidad de élites, clases medias y altas, en una universidad de masas, de sectores medios emergentes. Las expectativas de la enseñanza superior y de las profesiones liberales frustradas, el problema de la participación ampliada en la universidad y en la vida de las instituciones, dan cuenta tanto de las aspiraciones estimuladas por la movilidad social como de la inoperancia de las normas de reproducción institucional que respondían a otra forma de organización social y no eran acatadas ya por los estudiantes de la universidad.

Las demandas de los estudiantes, que en un principio se expresan en el deseo de participación en las instituciones, más tarde, en 1968, se convertirán en una demanda por la democracia, en la demanda de una categoría social emergente: los sectores medios urbanos, de los cuales los estudiantes eran expresión y voceros.

El movimiento médico fue la primera perturbación de la paz universitaria en la década de los sesenta.

Por ello, para Ricardo Pozas, el conflicto marca el inicio de un proceso doble que tiene lugar en el transcurso de los años sesenta: la revuelta estudiantil y la protesta de los sectores profesionales burocratizados, que desemboca en una universidad contestataria en los años setenta. En esta década, los partidos de izquierda en la universidad adquieren la posibilidad de constituirse en organismos políticos con influencia nacional. El *campus* se convierte en su espacio social y desde allí pugnan por su adscripción al sistema político.

EL EJERCICIO DEL PODER

Una de las partes más interesantes de este libro, es la reflexión minuciosa y acabadada de las formas de ejercicio del poder en México. Pozas realiza un agudo análisis de las características del presidencialismo mexicano y, en particular, de las de un régimen autoritario e inflexible como fue el de Gustavo Díaz Ordaz.

Es en la institución presidencial donde convergen los nudos principales de una red de dominación nacional. El autor desentraña los procesos por los cuales la presidencia transforma al individuo en un personaje cuyo ejercicio del poder modela la imagen de las instituciones estatales y la retórica de los funcionarios, y aparece en su momento como la única solución a los grandes problemas nacionales.

Con Díaz Ordaz, el principio de autoridad se impone como rasgo distintivo del ejercicio presidencial, actitud contrastante con el populismo de López Mateos. El conflicto de los médicos distanció políticamente al presidente de los actores sociales y aumentó la mediación de los organismos políticos burocratizados.

Durante el gobierno de Díaz Ordaz, el poder político redujo los márgenes jurídicos para cerrar el cauce a los movimientos sociales, en lugar de utilizar la legalidad para incorporar a los actores contestatarios como parte del tejido social corporativo, al igual que se había hecho en años anteriores.

Esta política de incorporación fue transformándose en el imaginario colectivo, en el mito de la capacidad de cooptación del Estado mexicano, que por una parte radicaba en su poder de oferta frente a los grupos sociales demandantes y, por la otra, en la legitimidad del cooptador, dada la capacidad interlocutora de los miembros de la coalición gobernante. Este juego político amplio, pero controlado, tenía como condición una actitud presidencial que en palabras de Pozas “no confundía la disciplina con la abyección”.

Durante el régimen de Díaz Ordaz, se limitó el juego político interno de la coalición gobernante y se redujeron las posibilidades de equilibrio y coexistencia de sus fuerzas, así como sus márgenes de representación política y social.

Para el autor, esta tradición autoritaria del ejercicio presidencial expresaba la vigencia de una estructura cultural y mental propia de las relaciones de cacicazgo (bajo umbral ciudadano y una concepción del otro como subordinado), tradición autoritaria que se convierte en norma de conducta pública.

Es aquí en donde Pozas desarrolla una de las hipótesis centrales de su texto, al afirmar que

La continuidad de una tradición política ejercida frente a otro tipo de relaciones sociales apareció como una ruptura en el ejercicio del poder presidencial al confrontarse con otras formas de cultura civil, propias de nuevos actores sociales emergentes como lo eran los médicos. La extensión del autoritarismo político de origen rural, al ubicarse en otro contexto social, el urbano, hizo la diferencia entre el gobierno de Díaz Ordaz y otros que ejercieron el poder en sociedades preponderantemente campesinas.

El movimiento médico no fue el único. La clase política tradicional enfrentó un intento de reforma política modernizadora del Estado por parte de Carlos Madrazo, entonces presidente del PRI, quien buscaba abrir al juego democrático las formas de representación social en dicho partido, partiendo del municipio como organización de base, lo que atentaba contra el orden establecido.

Estos movimientos representan dos de las modalidades más significativas de una sociedad: la laboral y la política, y ambas luchas darán sentido a los conflictos entre la sociedad y el Estado en las dos décadas siguientes.

EL SISTEMA POLÍTICO Y LOS PARTIDOS

El gobierno de Díaz Ordaz mostró una gran incapacidad política para adecuar el Estado al cambio social, por lo que tuvo que hacer frente a las fuerzas sociales que demandaban dicho cambio, tanto dentro como fuera del Estado. En este

sentido, el gobierno de Díaz Ordaz es considerado por el autor como el último ejercicio político de la tradición agraria en el México urbano contemporáneo.

En el imaginario colectivo se conservó el mito de la figura presidencial como la imagen suprema de justicia, por encima del aparato burocrático de la administración pública y judicial. En el México de los años sesenta, las dos figuras públicas abstractas más importantes eran la Constitución y el presidente, ambas como condensación positiva del poder y la autoridad. La figura del presidente como ideal positivo se mantuvo hasta el momento en que aparece la violencia como recurso político frente al movimiento social.

Las elecciones de 1958 marcan el inicio de un proceso caracterizado por el forcejeo constante entre dos tendencias de acción y cultura política. La primera fue la abstención electoral cada vez mayor y la pérdida de la sustentación social del gobierno, originadas por una creciente despolitización de las bases corporativas del Estado, lo cual ocasionó que las movilizaciones sociales de apoyo popular a las medidas del gobierno fueran sustituidas por el llamado "acarreo" de masas que daba sustentación pero no apoyo.

La segunda tendencia surgió como reacción a la anterior y buscaba mantener la legitimidad del Estado, asentando su fundamento representativo en la ampliación de su base social, por medio de la mayoría electoral. La modernización iniciaba la presión por cambiar un Estado con una masa popular cautiva de sustentación, por otro representativo de la mayoría ciudadana.

En el origen de esta modernización estaba la pérdida de capacidad representativa de los regímenes políticos a partir de los años sesenta, y la búsqueda de nuevas formas de legitimidad que sustituyeran a las que empezaban a dar signos de agotamiento al principio de esa década. La creciente urbanización integraba nuevos y más amplios contingentes a la vida política.

El principal obstáculo para la expansión de la democratización era el tejido corporativo. El PRI reclutaba masas anónimas, mientras que la oposición afiliaba individuos. Mediaba no sólo la organización corporativa, sino también la hegemonía real de un partido con alto nivel de credibilidad y amplia capacidad transformadora, avalado por una época de más de 26 años de expansión económica conocida como el "milagro mexicano".

La politización del desarrollo económico despolitizaba las relaciones sociales de producción, mediadas por el aparato sindical del partido; afirmaba las bondades del pacto corporativo, y aparecía como causa de la estabilidad política. Por otra parte, también se basaba en las posibilidades de coerción y represión del PRI sobre sus bases.

El sistema político se vio fuertemente inmerso en dos corrientes contrarias en la década de los sesenta: una pretendía renovar el poder político, impulsar la apertura y la preservación legitimada del sistema, mediante la creación de nuevos consensos: la incorporación de las nuevas fuerzas políticas era la clave de la continuidad modernizadora. Esta corriente, a la que se llamó "democratizadora", estaba encabezada por Carlos Madrazo, presidente del PRI.

La otra corriente buscaba mantener al sistema y conservarlo como estaba, y era encabezada por Alfonso Martínez Domínguez.

La reforma del partido intentaba crear nuevas redes para integrar relaciones comunitarias con formas organizativas de base, mediante la elección libre de los representantes nominados por el PRI a puestos de representación popular. El partido pretendía erigirse en un mediador entre la sociedad civil y el Estado, partiendo del municipio.

La búsqueda del cambio se tradujo en una batalla entre las bases del partido. Como bien nos dice el autor, el movimiento pagó su lucidez con la derrota.

LOS PARTIDOS DE OPOSICIÓN Y EL MOVIMIENTO MÉDICO

Las elecciones presidenciales de 1958 fueron las primeras en las que sólo un partido de oposición presentó un candidato: el PAN, que postuló a Luis H. Álvarez (se le reconoció el 9.5% de la votación nacional). El PCM, declarado ilegal, constituyó la oposición política más importante en la dirección de los movimientos laborales.

La salida de la crisis de representación fue la reforma electoral de 1962, que dio origen a la creación de la figura de los diputados de partido, y que logró amalgamar un sistema electoral mayoritario con otro proporcional, exclusivo para las minorías.

El nuevo sistema inyectó energías a los partidos de oposición y trajo como consecuencia un aumento de la oposición en la Cámara. La relación entre el Estado y los partidos comenzaba a desempeñar un papel significativo en la modernización de las relaciones de poder en México y en la búsqueda de nuevos cauces de legitimidad.

En este período el PAN manifestó una de sus contradicciones más significativas a través del choque de dos tendencias ideológicas que condensaban su tradición de oposición: una de carácter oligárquico y conservador, y otra que pretendía convertir al partido en un órgano de bases amplias de los sectores urbanos en ascenso: la Democracia Cristiana.

La condensación de estas corrientes se plasma en su ideario político: el concepto de persona humana se confirma como fundamento de la construcción ideológica del partido; se señala que el Estado no debe desplazar a la iniciativa privada y se manifiesta el carácter subsidiario del Estado en la economía. Se elimina gran parte de la formulación anticomunista y se considera al pluralismo político como base de la democracia.

Este partido triunfa en las elecciones de Mérida en 1967 y posteriormente en Hermosillo y el Distrito Federal. Paulatinamente, el PAN logra deshacerse de su imagen confesional y reaccionaria, no obstante que se le siguió considerando como la derecha.

De frente al movimiento médico, el PAN convierte la crítica política en descalificación moral de los funcionarios; cuestiona la violación de los derechos ciu-

dadanos, y pugna por su libre ejercicio; por primera vez se descalifica al propio presidente.

El PCM, por su parte, vivía una contradicción planteada por varios factores de cuya combinación surgiría el nuevo partido a fines de esa década. El primero, de carácter internacional, se origina en la reforma política iniciada en el XX Congreso del PCUS y el inicio de la desestalinización, acontecimientos que abrirían una nueva etapa que duraría varias décadas, hasta que los comunistas retomaran la democracia como un ejercicio político legítimo.

La articulación ideológica del PCM con el PCUS se afirma como rasgo fundamental de la ideología del partido mexicano, produciendo una cultura que identificaba al PCM con el internacionalismo proletario. Éste, a su vez, se reducía a las concepciones que en cada momento tenía la burocracia soviética y a sus intereses políticos internacionales. Esto llevó a confundir la noción de solidaridad con el apoyo a un Estado burocrático.

Un segundo factor transformador del PCM fue el proceso de reajuste ideológico interno dado por el enfrentamiento entre la vieja burocracia comunista, de corte estalinista y totalitario, y la nueva tendencia disidente, configurada por varias corrientes dentro del partido a lo largo de diez años. Las burocracias recurrieron a la “purga” y expulsaron a muchos de los mejores miembros del partido, recurrieron al dogmatismo y se devaluó en mucho su capacidad intelectual. Entre las escisiones importantes, destaca la de José Revueltas.

Los grupos, grupúsculos y partidos en los que se fue desgajando la izquierda entre 1958 y 1965 expresaban el inicio de la apertura de la bipolaridad ideológica mundial, así como de la aparición de otros marxismos, entre los que se encontraban el maoísmo y el guevarismo latinoamericano, con su vertiente francesa del foquismo de Régis Debray. La influencia de estos grupos en México contribuyó a catalizar la oposición —surgida ya desde los años cincuenta— al viejo PCM. A pesar de su fragmentación, éste plantea organizaciones importantes como la Central Campesina Independiente, el Movimiento de Liberación Nacional, el Frente Electoral del Pueblo y la Central Nacional de Estudiantes Democráticos.

El tercer elemento que afectó al PCM fue el desenlace del conflicto de 1958. Muchos de sus militantes sufrieron cárcel y persecuciones. El partido se fijó como consigna el trabajo en el movimiento sindical y el trabajo de masas.

La nostalgia por la revolución perdida, la vuelta al cardenismo y la intención de cambiar la estructura política vigente, son caracterizadas por el autor como rasgos de la cultura de la izquierda y señala que “en el imaginario político de los comunistas, al penetrar las organizaciones sindicales, era aún posible salvar al Estado de la Revolución Mexicana”.

Dado que el conflicto médico surge en el momento del cambio de poderes, ninguno de los partidos legalmente registrados emitió abiertamente su opinión. El único que lo hizo fue el PCM, que advirtió contra la práctica del Estado de mantener la estabilidad a partir de la desarticulación de la oposición civil organizada en torno a los intereses de los grupos. No obstante, la falta de correspondencia entre la teoría y la práctica hizo que los militantes comunistas, al encontrarse con

los movimientos urbanos, reprodujeran un discurso por encima de las relaciones sociales existentes y a pesar de sus actores.

CAMBIOS EN LA CULTURA POLÍTICA POR LA CULTURA URBANA

Una sociedad con casi 30 años de crecimiento económico y urbanización había cambiado sus símbolos de referencia cultural e ideológica del poder.

El primer cambio introducido por la cultura urbana en el ejercicio del poder fue el papel y el peso atribuidos a los medios de comunicación masiva, como recurso de imagen pública y vehículo de legitimidad.

Frente a los médicos el Estado reaccionó reafirmando la tradición hermética de dominación, por encima de la tradición de dominación abierta. Se incrementó el control de los medios de comunicación por el Estado y se recurrió a la represión. El movimiento finalmente fue desarticulado por la violencia. Varios de sus líderes fueron encarcelados y perseguidos, otros tuvieron que abandonar el país.

El Estado descalificó al movimiento médico al inutilizar sus instrumentos de lucha. Se confundía estabilidad con inmovilidad social. El Estado aparecía como la entidad activa y la sociedad como una receptora pasiva, imagen que no concordaba con la de los sectores medios modernizadores, que reclamaban el cumplimiento de la legalidad democrática, frente a la realidad política vigente.

Se exigía coherencia y obligatoriedad jurídica al Estado mexicano, como Estado de derecho con principios políticos democráticos. Frente a esta disparidad entre la realidad y las nuevas exigencias, Pozas señala que "el problema no es que aparezca esa distancia, sino que a los actores les empiece a parecer significativa".

Frente al agotamiento de las formas ideológicas y del manejo de instrumentos políticos para ejercer el poder, el Estado, en un primer momento, transforma las modalidades de representación y dominación partidista (Madrado), luego se recurrió a la violencia y burocratización del partido. La violencia sustituyó a la cooptación y negociación políticas y con ello se demostró la incapacidad del gobierno para mantener vigentes y legitimados los mecanismos de representación de los actores urbanos.

CONCLUSIONES

En 1965 se inicia la crisis de un proyecto de articulación social de la dominación política conformado a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Ricardo Pozas parte del análisis del movimiento médico para darnos cuenta de las dimensiones de esta crisis.

Al encarnar un nuevo tipo de relaciones que ponía en cuestión a la organización política establecida, los médicos representaron lo que más tarde serían las bases sociales de la oposición partidista. Los movimientos sociales aún no se expre-

saban como partidos en los años sesenta, ya que los partidos de oposición tenían aparatos políticos burocratizados, márgenes institucionales reducidos y proyectos ideológicos de tendencias ortodoxas.

Tendrían que pasar más de 20 años para que se crease un movimiento nacional en el que convergieran la defensa del voto y los derechos ciudadanos, y el aumento de espacios para los partidos políticos de oposición y para los movimientos sociales, en un entorno caracterizado por la crisis del corporativismo del Estado.

El movimiento médico es pionero en su aparente apoliticismo, apartidismo y sentido autónomo del aparato del Estado; sus demandas constituyeron el eje en torno al cual giraron procesos de rearticulación de los partidos de oposición y del PRI. Fue uno de los primeros procesos tendentes a transformar el Estado mediante el peso creciente de las nuevas demandas sociales de apertura de espacios políticos y de independencia de las formas de organización civil y laboral frente a la red corporativa del Estado. En ello reside su importancia.

Su demanda aparece como cotidiana en los años noventa por fracturar el corporativismo, así como en la significación de las contiendas electorales por legitimar el ejercicio del gobierno.

Al revisar procesos vitales que se inician en la década de los sesenta —clave para entender al México de hoy— y que apuntan hacia la tan ansiada transición a la democracia, Ricardo Pozas efectúa un ejercicio de reflexión sobre la construcción de nuestra modernidad, portadora de valores de otras épocas y al mismo tiempo innovadora. Dicha modernidad conjuga viejos y nuevos ritmos, viejas y nuevas exigencias.

Julia Flores